

Temporada de estatuas

de Juan Manuel Roca

Piedad Bonnett*

Lé por primera vez a Juan Manuel Roca cuando era muy joven, a los 18 o 19 años, y todavía recuerdo mi deslumbramiento. Su mundo poético habitado por sombras nocturnas, trenes, caballos, sus atmósferas oníricas y su entraña expresionista, poblada de imágenes, no sólo me sedujeron de manera parecida a la de los cuentos fantásticos en mi infancia, sino que impulsaron definitivamente mi vocación literaria y poética. Desde entonces he seguido paso a paso su trayectoria de escritor, trayectoria de absoluta coherencia, pues está sostenida por una de las más poderosas y singulares voces de la poesía moderna en Colombia, una voz única, perfectamente reconocible. Pero esa manera suya de decir es también cambiante, porque móvil es siempre la mirada de los espíritus libres y curiosos, que no sólo están abiertos a todo lo que la vida brinda –amistades, viajes, libros, música– sino que se dejan tocar por el misterio del mundo, por el entramado de símbolos de que hablara Baudelaire en sus *Correspondencias*. De modo que Juan Manuel a través de sus libros es uno y muchos, un escritor fiel a sí mismo, pero siempre renovado.

Temporada de estatuas es un libro pleno de sentidos. Encontramos allí los viejos fantasmas del poeta, los que lo han acompañado siempre, y también su modo peculiar de crear imágenes líricas y sorprendentes. Pero también nos topamos con una voz nueva, más transparente, tal vez, aunque también, y paradójicamente, más ambigua y brumosa.



Cuando abrimos el libro nos sorprende un hermosísimo poema, una verdadera *ars poética*, que pareciera plantear, con gesto imaginativo, que, como en el texto bíblico, en el principio fue el verbo:

Tras escribir en el papel la palabra coyote
Hay que vigilar que ese vocablo carnicero
No se apodere de la página,
Que no logre esconderse
Detrás de la palabra Jacaranda
A esperar que pase la palabra liebre y
destrozarla.

De este poema se desprende que la palabra puede crear la realidad; pero, además, conjurar la fiereza del mundo. Es así como concluye con estos hermosísimos versos:

* Nació en Antioquia, en 1951. Poeta, novelista, dramaturga, crítica literaria. Entre sus libros están *De círculo y ceniza*; *Gato por liebre*; *Nadie en casa*; *Sanseacabó*; *Después de todo*; *Imaginación y oficio*; *Para otros es el cielo*; *El mundo según Gabriel García Márquez*; *Siempre fue invierno*, novela. En 1994 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Instituto Colombiano de Cultura; en 2011, el XI Premio Casa de América de Poesía Americana.

No hay coyote ni chacal, ni hiena ni jaguar,
No hay puma, ni lobo que no huyan,
Cuando el fuego conversa con el aire.

Aunque también puede suceder lo contrario: que la poesía del mundo sea anterior a la palabra que lo nombra:

El agua es ágrafa y sin embargo escribe
en la pizarra del río el porvenir del mar.
El viento es ágrafo, pero escribe en el aire
un olor de mangle,/ un temblor de trigal.

En la primera parte de este libro los poemas se corresponden con el título. El poeta nos habla de las estatuas, esas figuras con las que tropezamos en parques y avenidas, y que pretenden perpetuar la imagen de los muertos ilustres. Pero aunque Juan Manuel Roca se interesa por cada una de ellas de una manera particular —la de Esenin, la de Pushkin, la de Lewis Carrol, pero también las esculturas de Miguel Ángel, las de los griegos y hasta la imagen de San Frutos— en realidad son un motivo que usa como catapulta para hablar del tiempo, de la memoria y el olvido, de la materia, de la ruina y del vacío, y, sobre todo, de lo que él llama un “tiempo envilecido”.

“Llueve agua de luto —nos dice— sobre la estatuaria de los poetas del mundo”.

Pero no se crea que la suya es una mirada romántica y meramente nostálgica: si bien las estatuas, en sus poemas, son a menudo cristalización del olvido, pues (“quedan reducidas a pechos con medallas/ a cuerpos de guerreros con caras de Nadie), son también encarnación de la mentira, de las tergiversaciones de la historia, de la furia de la guerra que quema y decapita, de la desolación de la muerte, y hasta del horror del mal gusto, como aquellas del museo de cera, que en su poema se convierten en patético compendio de nuestra historia.

Pero la estatua en este libro es también camino para introducir una bella reflexión sobre la escritura y el arte, y sobre el vacío y la materia que lo llena:

Miguel Ángel descubrió
Que en todas las piedras del mundo

Hay una estatua dormida,
Que basta con quitar lo que sobra
Para encontrarla.

Dice en *Conjuros para hacer una historia*. Y en *Fundación mítica del vacío*:

Hacer una casa es una forma de colonizar
el vacío.
Nos acosa la ausencia.

A partir de ahí Juan Manuel habla de los amigos muertos, de los hombres que a diario desaparece la guerra, y de este país, que él evoca como un trozo de cera perdida. Es así como *Temporada de estatuas* se nos va revelando, aunque muchos de sus poemas tengan cierto aire íntimo, como un libro político, en el sentido más hondo de la palabra. El término temporada nos remite ya a un momento histórico. Y, como en toda su poesía, lo que hace Juan Manuel es señalar, sin patetismos y sin estridencias, un mundo apesadumbrado, el de nuestra sociedad olvidadiza y a menudo infame. Y reafirmar la poesía como un arma de combate, que aunque precaria y, a veces casi inútil, es la única que poseemos.

Es así como sintetiza lo que tantos otros sentimos, cuando se pregunta:

¿Qué clase de poeta soy,
Un pobre centinela del lenguaje,
Un lento estafeta que no llega,
Un soldado oculto en un caballo de madera
que se queda dormido,
Qué clase de sujeto soy
Que se conmueve al ver las fotos
de los mutilados
Mientras vuelve a la mesa de trabajo
Con un maltrecho silencio
Y una bandera de papel como mortaja?

Yo contestaría, en nombre de muchos: eres, Juan Manuel, un artista que da testimonio permanente de que la poesía es un lugar para dudar, incomodar, interrogar, y también para consolar y recordarnos que siempre puede haber belleza en nuestra residencia en la tierra. ■